

ESCENA XIII.

Isabel. Doña Mencía. Damas. El Rey. Alabarderos. Gentiles hombres. Ugieres, etc. Luego Gonzalo. Despues Quevedo.

Menc. ¡Su Magestad!

Rey. ¡Qué es esto?—¡oh cielo! ¡Isabel!

Gonz. (Volviendo, y todavía con la espada desnuda.) Vengué....

Menc. (Llamando la atención del Rey hácia Gonzalo.)

¡Allí está el agresor!

Quev. (Con la credencial en la mano.)

¡Armas! ¡Gritos! ¡Quién es ella?

Rey. ¡Socorred á esta doncella!

Quev. } ¡Ah!

Gonz. }

Rey. ¡Prended á ese traidor!

Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

Quevedo. El Alcaide.

Alc. Sois amigo mio y sois D. Francisco de Quevedo: nada puedo yo negar á tan noble caballero.
(A un carcelero que le sigue.)
Abrid aquel calabozo y salga á esta sala el preso.

(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacedme mucha merced, y en el alma os lo agradezco.

Alc. Quien aquí os deja abrazarle bien quisiera á vuestro afecto entregarle indemne y libre; pero convicto y confeso Don Gonzalo de tan grave delito....

Quev.

Lo sé.

Alc.

No espero....

Quev.

Ya sale. Dejádme á solas
hablar con él un momento.

ESCENA II.

Quevedo. Gonzalo.

(Se abrazan.)

Gonz.

¡Oh mi protector! ¡mi amigo!

Quev.

¡Gonzalo!

Gonz.

No es tan adverso
el astro que me persigue,
pues me concede el consuelo
de abrazaros.

Quev.

(Ap. ¡Pobre jóven!)

Quisiera ser mensagero
de nuevas mas venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
y era de linage ilustre,
y en palacio es sacrilegio
el homicidio. No obstante,
quizá logren mis esfuerzos
salvar tu vida, si pruebas
que desnudaste el acero
por defenderla.

Gonz.

Yo fui
quien el combate sangriento
provocó.

Quev.

¡Cuál fué la causa?

Gonz.

Una dama.

Quev.

¡Ah! mi proverbio
es infalible. ¡Era acaso
aquel hermoso portento
que un desmayo....

Gonz.

Aquella era
mi Isabel, mi bien, mi cielo.

Quev.

¡Y don Alvaro el rival
sacrificado á tus celos?

Gonz.

No. Agravios de otra muger,
que en ella vengar no puedo,
satisfizo con su sangre.

Quev.

(Ap. ¡Son dos las que entran en juego!)
¡De otra muger!

Gonz.

La Condesa....

Quev.

¡El aya!...

Gonz.

Si.

Quev.

Ahora recuerdo....

Ella presentó á Isabel...
Don Alvaro fué su deudo....

Gonz.

Rubor me cuesta decirlo;
pero ya, ningun respeto
debo á esa aléve muger,
de cuyo insano despecho
es blanco infeliz el ángel
que llevo en el alma impreso.
Su amor osó descubrirme,
y fiel á mis juramentos,
yo, que á grandezas no aspiro....

Quev.

Basta: todo lo comprendo.
Solo una muger celosa
concebiria proyecto
tan horrible. ¡Oh! y por desgracia
el tiro ha sido certero.

Gonz.

¡Qué decís?

Quev.

¡Eres perdido!

Gonz.

¡Cómo!

Quev.

Felipe está ciego,
loco de amor por tu bella
Isabel.

Gonz.

¡Oh Dios!

Quev.

Y temo....

Gonz.

Terrible competidor
es todo un Rey, lo confieso;
pero la fé de mi hermosa,
que es de virtudes modelo,

me tranquiliza.

Quev.

¡Ay Gonzalo!

No fies en ese seco
vano, frágil y voluble.
Pero atendamos primero
á tu salvacion. En tanto
que tu amor sea un secreto
para el Rey, no es imposible
romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
se la pediré de nuevo,
lucharé contra el influjo
de la Condesa, y no pierdo
la esperanza....

Gonz.

¡Oh detestable

muger, que abortó el infierno
para amargar mi existencia!
Vierte en mí solo el veneno
de tu implacable rencor;
lave mi sangre el desprecio
con que herí tu altivo orgullo;
pero ¡qué agravio te ha hecho
la rosa cándida y pura
que inficionas con tu aliento?
Dejadme, amigo y señor,
agobiado bajo el peso
de mi cruel infortunio.

Si honra y amor me hacen reo,
antes que el fiero verdugo,
me matará mi tormento.

¡Qué es ya para mí la vida?
¡Qué es la libertad, si lejos
he de vivir de mi amada?

Quev.

Vive, que aun eres mancebo,
y Dios es grande, y no está
reducido el universo
á una aya y una menina:
y tras del turbio aguacero
suele amanecer radiante

el sol; *post nubila Phæbus.*
Vive ocho dias siquiera,
no puedo pedirte menos.
Ese plazo basta y sobra
para saber si el objeto
de tu acendrado cariño
merece el alto trofeo
de que apresures por ella
de la vida el breve término,
como si al mundo faltaran
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

Quevedo. Gonzalo. El Alcaide.

Alc.

(A Gonzalo.)

Con real salvoconducto
Una dama quiere veros.

Quev.

¡Buèn presagio! . . . ¿Quién es ella?

Alc.

No sé. Trae echado el velo.

Gonz.

(Aparte con Quevedo.)

¡Será. . . Isabel?

Quev.

¿Quién lo duda?

¡Y aun te quejarás!

Gonz.

Yo tiemblo.

Quev.

Para tí el primer favor.

¡Oh!

Gonz.

Será si yo lo acepto.

Quev.

¡Por qué no? ¡La libertad!

No averigues á qué precio
te la comprá.

Gonz.

¡Ella en mi cárcel!

Alc.

¡Qué respondeis?

Gonz.

Que me niego.

á recibirla.

Quev.

¡Estás loco?

¡Qué vas á perder por eso?

(Al Alcaide.)

Que entre.

- Gonz. No.—Pero ¿qué digo?
Quiero saber si son ciertos
mis temores; quiero ver
si con el rostro sereno
se atreve. . . . Que entre esa dama.
(Váse el Alcaide.)
- Quev. Bien; dila mil improperios
si es preciso; pero acepta.
- Gonz. ¡Acepta!
- Quev. Del lobo un pelo.
Yo, mientras dura la plática,
Me ocultaré en tu aposento.
- Gonz. ¡Allí! . . .
- Quev. ¡Bah! En un calabozo
estoy yo como en mi centro.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

Gonzalo. La Condesa.

- Gonz. ¡Será el Rey tan generoso
que sacrifique á los fueros
del honor y la justicia
la pasion....
(Viendo á la Condesa que al entrar se alza el velo.)
¡No es ella! ¡Cielos!
- Cond. ¡Mi visita os sorprende!
- Gonz. Me sonroja.
- Cond. Yo....
- Gonz. ¡Accion digna de vos! ¡Rasgo eminente!
¡Venís á escarnecerme en mi congoja?
Faltaba esta corona á vuestra frente.
- Cond. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia
Dios no me ha dado corazon de fiera.
- Gonz. ¡A mí me lo decís!... ¡Oh infame audacia,
que ni de vos, señora, lo creyera!
- Cond. Culpable fui; mas vuestro bien anhelo
mas que el mio: á Dios pongo por testigo.

- Gonz. Bien que venga de vos, será mi duelo;
¡tanto es lo que os detesto y os maldigo!
- Cond. En buen hora. Era flecha mas aguda
al alma que por vos solo respira,
aquella indiferencia helada y muda
que vuestra maldicion y vuestra ira.—
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo
y es temible rival.
¡Muger malvada!
- Gonz. Vos....
- Cond. No: os lo juro.
- Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo?...
- Cond. Aquel retrato....
- Gonz. ¡Ay, prenda idolatrada!
Al conducirme aquí, bárbara mano
me lo arrancó del pecho.
El Rey lo tiene...
- Cond. ¡Oh desesperacion! ¡Oh rey tirano!
- Gonz. ¡Callad!
- Cond. No hay fuerza que mi labio enfrene.
(Bajando la voz.)
¡Ah, que os perdeis! ¡callad, por vuestra vida!
Yo os sacaré de aquí libre y seguro.
Esta noche á las doce... Seducida
tengo á la guardia, y allanado el muro.
- Gonz. ¡Qué oigo! Vos...
- Cond. Un caballo mas que el viento
veloz, y gente fiel que os guie y guarde,
os previene mi amor, y oro sin cuento....
- Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.
Ya lo he dicho; de vos solo la muerte
me fuera grata.
- Cond. Mas si al cielo plugo
que por mí te persiga adversa suerte,
¡haré mucho en librar te del verdugo?
No mi don te averguence y te sorprenda,
que no es mérced la que de mí recibes;
es de mi expiacion la justa ofrenda.
¡Oh! ¡máteme mi angustia si tu vives!

Gonz. ¡Guardara yo esta vida que aborrezco,
á espensas de otra vida... aun de la vuestra?

Cond. ¡No soy yo sola quien morir merezco?
¡No es mi suerte mas dura y mas siniestra?

Gonz. ¡O pretendéis que, á fuer de agradecido,
connigo os lleve prófugo y errante...

Cond. No. Sepulta por siempre en el olvido
á esta muger funesta y delirante,
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
por tí implorando al Todopoderoso,
yo soy la oscura procelosa nube
que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.
Si supiera morir una y mil veces,
no turbaré tu paz, fantasma horrendo;
mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,
que ni compro venturas ni las vendo.
En pago de este amor que, mal mi grado,
hasta el crimen me lleva en su delirio,
y á no verse por tí menospreciado
mi virtud elevara hasta el martirio,
no te pido, ni esa alma que no es mia,
ni una sonrisa, ni las yertas flores
que tributá cortés galantería,
ni aun que piadoso mi infortunio llores.
Solo te pido que sin torvo ceño,
pues tú la causa de mis yerros eres,
no indigna juzgues de llamarte dueño
á la mas infeliz de las mugeres.
Pues galardón no escijo ni lo espero,
¡por qué esta alma leal tanto te enoja?
¡Por qué la abnegacion con que venero
la mano misma que de tí me arroja?
Consiente al menos que invocando muera
tu nombre, y no tu lengua me maldiga
si tanto te amo como amar debiera
al Dios que por amarte me castiga.

Gonz. Mas merecéis que mi piedad mi encono;
pero quiero morir como cristiano.
¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.

Cond. ¡Gonzalo!

Gonz. No os canseis, señora, en vano.

Cond. ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente
de un villano designio se hizo esclava!
¡Cómo no ví en mi cólera impotente
que era inútil el crimen que intentaba?
Aunque un mar de peligros la rodea
merced á mi protervo desvario,
no temas, no, que infiel tu amada sea
si un corazón abriga como el mio.
Alma en que está tu imagen esculpida,
no puede codiciar mayor tesoro;
y ¡qué no hará la que se ve querida
si triste y desdenada yo te adoro?
¡Ah! ¡Perdon! ¡Qué te importa mi amargura
ni que mi rostro inflame la vergüenza?
¡No mas! Todo lo inmoló á tu ventura.
Sálvate, y vive.... y mi enemiga venza!
Vive, sí.... ¡para ella! Industria el cielo
y poder me dará y ánimo fuerte
con que á los dos, mientras su oscuro velo
tienda la noche lóbrega, os liberte.
Sí; yo misma, yo misma, aunque á mi cuello
sean dogal vuestros nupciales lazos,
robaré de tu amor el ángel bello
y de mis brazos pasará á tus brazos.

Gonz. ¡Jamás, jamás! Merece ese heroísmo
que otra vez os respete y os estime;
mas fuera en mí vileza y egoísmo
aceptar sacrificio tan sublime.

Cond. ¡Fatal obstinacion! No sacrificio,
deuda es sagrada que pagaros debo.
El cielo un dia premiará propicio....

Gonz. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré....
(Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo
le detiene.)

ESCENA V.

La Condesa. Gonzalo. Quevedo.

Quev. ¡Tente, mancebo!
Cond. *(En ademán de cubrirse el rostro.)*
¡Quevedo!

Quev. No te turbe mi presencia,
generosa mujer: Muchas la historia
recordará que imiten tu demencia:
ninguna que así vuelva por su gloria.
Yo también, lo confieso, te escraba,
y ya solo besar tu planta puedo.
¡Grande debes de ser cuando te alaba,
te admira don Francisco de Quevedo!

*(Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo,
que sombrio y meditabundo, se ha dejado caer sobre
un escano.)*

Pero la noche avanza; el tiempo corre,
Su vida, si por vos no la recobra,
peligra....

Cond. ¡Ah! Sí.
Quev. Sacadle de esta torre.
No dejes incompleta vuestra obra.

Cond. ¡Qué haré? El rehusa....
Quev. En mí de un tierno amigo,
de un padre oír la voz sincera y blanda.
Volad.... Si persuadirle no consigo,
salvadle á su pesar. ¡Dios os lo manda!

ESCENA VI.

Gonzalo. Quevedo.

Quev. ¡Cómo has sido tan cruel?
¡En qué humano corazón
cabe pasión....

Gonz. Su pasión

Quev. me pierde y pierde á Isabel.
Su humilde arrepentimiento
salvar anhela á los dos.

Gonz. No hubiera ofendido á Dios,
y ahorrara el remordimiento.

Quev. Yerro de amor no desdora,
y pues con tanta hidalguía
lo repara....

Gonz. ¡Es culpa mía
si á otra el corazón adora?
Harto es trocar mi desvío
en piedad de su dolor;
mas porque admire su amor
¡he de renunciar al mío?

Quev. ¡Quién pide tal, insensato?
¡No sacrifica á tu gusto!...

Gonz. No recibirlo es mas justo
que ser á un favor ingrato.
Solo con mi amor podría
pagar el de esa mujer,
y á ella no quiero deber
lo que por ella no haría.

Quev. ¡Oh! ya te pasas de estóico.
Y ¿sabes tú, desdichado,
si tendrá tu dueño amado
un corazón tan heroico?

Gonz. ¡Lo dudais?

Quev. Yo me holgaria
de tener tanta fortuna
que topase á falta de una,
con dos Fénix en un día.
Mas, si la verdad te digo,
en tales manos cayó
y ella es tan niña.... que.... no
las tengo todas conmigo.

Gonz. Si ella falta á la promesa
que me hizo con tanta fé,
en trance tal volveré
mis ojos á la Condesa....

Quev. ¿Para amarla? Harías bien.
 Gonz. No; para imitar su ejemplo
 y alzar á mi dama un templo
 aunque llore su desdén.
 Quev. ¿Tú seguirías la huella
 de la Condesa, aunque....
 Gonz. Sí.
 ¿Censurariais en mí
 lo que celebráis en ella?
 Quev. A todo el que así me arguya,
 llamaré loco de atar.
 ¿Por cierto que es singular
 metafísica la tuya!
 ¿Por qué, como el aya triste,
 dar con tu razon al traste?
 ¿Qué palabra la empeñaste?
 ¿Qué juramento la hiciste?
 Ella se prendó de un hombre
 que si fué sordo á su arrullo,
 humillar podrá su orgullo,
 pero no afrentar su nombre.
 ¿Se dirá tal de tu bella?
 Amala fiel en buen hora;
 pero si la amas traidora,
 amas tu deshonra en ella.
 Gonz. Su fé....
 Quev. Bien: no la denigro;
 mas de amparo necesita:
 no se lo niegues. Quien quita
 la ocasion quita el peligro.
 A una jaula te sentencio
 si no triunfa la razon
 de esa extraña obeecacion,
 de esa....
 (Bajando la voz.)
 El Alcaide! Silencio.

ESCENA VII.

Gonzalo. Quevedo. El Alcaide.

Alc. (Ap. ¡Desgraciado!)
 Quev. La tristeza
 se pinta en vuestro semblante,
 ¿Qué nueva....
 Alc. ¡Cruel instante!...
 (A Gonzalo.)
 Armaos de fortaleza.
 Gonz. Hablad. La enemiga suerte
 no postrará mi valor.
 Quev. ¿Desterrado....
 Alc. No. ¡Ay dolor!
 Está condenado á muerte.
 Quev. ¡Ah!
 Gonz. Dios oyó mi plegaria.
 Quev. ¡Inícuca condenacion!
 Alc. Compete su ejecucion
 á la justicia ordinaria.
 Venid.
 Gonz. ¿Dónde?
 Alc. Se os traslada
 á la cárcel de la villa.
 Quev. (Ap. ¡Salud al Rey de Castilla!
 ¡Su gloria será colmada!)
 (Abrazando á Gonzalo.)
 ¡No hay ya esperanza, hijo mio!
 Alc. Si incesorable la ley
 le condena, aun puede el Rey
 revocar su fallo impío.
 Si le habláis con interés....
 Quev. ¿Lo dudais? Sí, sí: no en vano
 quizá mi cabello cano
 será alfombra de sus piés.
 Gonz. Mas recto juez, mas tremendo
 falla arriba entre los dos,

No os humilleis sino á Dios.
 Dejadme triunfar muriendo.

Quev. No quiero yo tu baldon.
 Corre á morir con denuedo;
 mas no estorbes á Quevedo
 cumplir con su obligacion.

Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!
 Suplicio, yo te bendigo,
 pues va á la tumba conmigo
 el corazon de Isabel.—
 Amparad vos su virtud,
 ¡pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. (*Enjugándose las lágrimas.*)
 ¡Basta!

Alc. Vamos....

Quev. Guiad.

(*Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.*)

¡Oh
 malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA I.

El Rey. Quevedo.

Rey. Don Francisco, no os canséis:
 holgárame de serviros;
 mas la ley....

Quev. Sus pocos años,
 su inesperienza....

Rey. Repito
 que en vano me importunais.

Quev. Recordad, señor, que es hijo
 de un valiente que perdió
 la vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal
 me priva, muerto á los filos
 de su espada.

Quev. Ya la parte
 del difunto, á ruego mio,
 le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,
 si reclama su suplicio....

Quev. ¿Quién?